

Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España

RAFAEL SANTERVÁS

La activa militancia de Maeztu y Araquistain en campos opuestos durante los años de la República y el deficiente conocimiento de su obra periodística inicial han oscurecido las profundas conexiones existentes entre ambos, nada desdeñables para una mejor comprensión de su trayectoria personal.

La primera y más aparente coincidencia es la fisiológica y temperamental. De compleción robusta ambos, son también impulsivos y algo energuménicos, cultivando un periodismo vibrante que pretende «la orientación inmediata de la vida colectiva»¹ y cuyo vehículo más frecuente es la polémica². El talante personal y el apresurado periodismo del que viven, unidos al regeneracionismo visceral que los anima, explican los abundantes cambios tácticos e ideológicos de ambos, sin necesidad de acudir a la conversión de Maeztu, a que alude Vegas Latapié, ni al arrepentimiento extremoso del que, en el caso de Araquistain, nos habla Prieto³.

¹ *Hacia otra España*, Rialp, Madrid, 1967, p. 83. ARAQUISTAIN: «La función de los intelectuales es influir en la vida pública...», en *El Liberal* de Madrid de 27 de mayo de 1912.

² TUSELL Javier, ha apuntado el «temperamento guerrillero» de ambos periodistas en *Sobre la guerra civil y la emigración*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983, p. 15.

³ VEGAS LATAPIÉ, E.: *Memorias políticas*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 250. PRIETO, I.: *Convulsiones de España*, Oasis, México, 1967, t. 3, p. 283.

DE BILBAO A LONDRES POR LOS CAMINOS DEL PERIODISMO AVENTURERO

Doce años más joven que Maeztu ⁴, y salvadas las diferencias familiares, Araquistain presenta una trayectoria juvenil muy similar a la del vitoriano. Estudiante de náutica en Bilbao, a comienzos de siglo, vive los duros balbucesos del capitalismo industrial y financiero de Vizcaya, y entra en contacto con el pujante socialismo bilbaíno a través de la sociedad Trust Biblioteca, fundada por José Madinaveitia, relacionado con *La Lucha de Clases* y amigo de Unamuno. Allí le conoció Prieto, quien nos habla de la iniciación periodística —«primeras crónicas»— del joven Araquistain en *El Noticiero Bilbaíno*.

Pero «el camino del periodismo aventurero» no es sino «otro camino en el bosque de la literatura» ⁵ para Araquistain, quien, como el Maeztu finisecular, abriga intensas inquietudes literarias. Sus primeros poemas se publican en *Vida Galante* ⁶, revista erótica en la que habían colaborado los escritores «germinalistas» de la generación anterior. Aunque Maeztu no llegó a escribir en *Vida Galante*, la revista había publicado en 1899 una reseña muy elogiosa de *Hacia otra España* acompañada de una fotografía suya dedicada al que todavía seguía siendo director de la publicación, Eduardo Zamacois ⁷. Años más tarde los dos colaborarán en otra empresa periodística parecida, *La Hoja de Parra* (1911-12), en la que aparece un cuento de Maeztu, «Carmen», y se vuelven a imprimir los poemas de Araquistain publicados en *Vida Galante* ⁸.

Metidos en el torbellino del periodismo diario, abandonan pronto sus ambiciones literarias que, sin embargo, vuelven a aflorar en torno a sus treinta y cuatro años. Maeztu escribe la obra teatral *El sindicato de las esmeraldas* en 1908 y «proyecta escribir un drama hidráulico» ⁹. Araquistain reemprende con fuerza, pero con idéntico escaso éxito, la producción de novelas y obras teatrales a partir de 1921 con *Las columnas de Hércules* ¹⁰.

A lo largo de su vida se quejarán de la premura y la dispersión periodísticas que les impiden la concentración en la literatura y el pensamiento. «Siempre se espera que el siguiente día venga en blanco y nos permita poner el pen-

⁴ Maeztu había nacido en Vitoria el 4 de mayo de 1874 y Araquistain en Bárcena de Pie de Concha (Santander), el 18 de junio de 1886.

⁵ GÓMEZ MOLLEDA, D.: *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1980. Carta 260, desde Buenos Aires (8-VII-1907), p. 465.

⁶ «Despertar», «Canto de Vida», «La verdadera musa», n.º 286, 293 y 315, 1904.

⁷ Véase PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael: *El grupo «Germinal»: una clave del 98*, Taurus, Madrid, 1960, p. 96. La reseña y fotografía de Maeztu en el n.º 34 (25 junio 1899).

⁸ Maeztu, n.º 17 (26 agosto 1911), pp. 10-11. Araquistain, «Idilica», n.º 9 (1 julio 1911); «Orgiástica», n.º 35 (30 diciembre 1911); «Página de besos», n.º 41 (10 febrero 1912).

⁹ *El sindicato de las esmeraldas* no llegó a publicarse, pero V. Marrero conserva una copia que analiza E. Palacios en *Ramiro de Maeztu. La labor literaria de un periodista (1897-1910)*, Diputación Foral de Alava, 1982, pp. 65-71. La expresión es de Araquistain, «Personalidad y apersonalidad», *El Liberal* de Madrid, 17-V-1914.

¹⁰ *Las columnas de Hércules. Farsa novela*. Mundo Latino, Madrid, 1921.

samiento en cosas duraderas. Los días blancos no acaban de llegar», reflexiona Maeztu, para quien «ser periodista es tener que vivir de los gérmenes de las ideas y de los sentimientos antes de que hayan llegado a convertirse en ideas y en sentimientos verdaderos. Es consagrarse metódicamente al aborto de los hijos del espíritu propio». Y, ya en sus últimos años, define el periodismo como «dispersión del alma»¹¹. Araquistain, por su parte, le habla a Unamuno de su odio al «periodismo de gacetillas, de cohecho y de inflamamiento de telegramas» y de «la necesidad, de orden fisiológico, de hacer con él una cabalgadura que lleve a través de la prosa de la vida»¹². Al analizar «La crisis del humanismo» para la revista *España*, comenta:

«Ante todo, una declaración admirativa: Maeztu, “periodista atareado”, como dice en el prólogo, ha realizado un esfuerzo ejemplar... he aquí un hombre de la calle que, a fuerza de voluntad y amor al trabajo, logra sobreponerse a una de las profesiones más disolventes y agotadoras.»¹³

Una opinión semejante nos da su *alter ego*, el erudito librero alemán señor Müller en *Las columnas de Hércules*:

«La Prensa, con sus facilidades económicas, obliga al escritor a vivir del capital de su mente, sin renta ni réditos; le fuerza a sembrarse a diario sobre tierras comunales, y aunque la cosecha sea pingüe, nadie la reconoce paternidad y pronto se olvida el nombre del sembrador. En otra actividad literaria cualquiera, el esfuerzo de hombres como Ramiro de Maeztu y de Grandmontagne hubiera dejado probablemente una obra propia orgánica y bien acotada, de un valor que hoy es difuso, como el del agua que cae del cielo y no se canaliza»¹⁴.

A pesar de las lamentaciones, tampoco faltan las valoraciones y elogios al propio oficio. Así, frente a Ortega, Maeztu equipara la verdad periodística a la científica: «Las noticias que contienen los periódicos son en su mayoría tan verdaderas, por lo menos, como las que nos cuentan los libros de ciencia»¹⁵. Y Araquistain, a la inversa, describe al pensador madrileño como «un periodista filosófico o un filósofo periodístico» sin ningún propósito peyorativo, porque «¿no fue Platón un magnífico *reporter* filosófico, el primero y más grande del género?». En fin, «periodistas antes y después de cualquier otra cosa», como muy bien dijera Araquistain¹⁶, lo que fundamentalmente nos han dejado es una vasta tarea divulgadora esparcida en miles de artículos, a veces reunidos en volúmenes, cuya cuidada organización y cambios oportunos, no logran di-

¹¹ *La Correspondencia*, 14-V-1905; *Nuevo Mundo*, 7-VIII-1913; *Acción Española*, octubre, 1934, publicado en *Autobiografía*, Editoria Nacional, Madrid, 1962, p. 223.

¹² Carta a Unamuno, GÓMEZ MOLLEDA, *op. cit.*, n.º 260 (8 julio 1980), p. 465.

¹³ *España*, n.º 252 (28 febrero 1920), pp. 7-8.

¹⁴ *Las columnas de Hércules*, *op. cit.*, p. 128.

¹⁵ «Los dos Ortegas», en *La Prensa* de Buenos Aires, 31-XII-1916.

¹⁶ *El pensamiento español contemporáneo*, Losada, Buenos Aires, 1968, p. 83.

sipar la impresión de una colección de reflexiones rápidas y brillantes, muy condicionadas por el entorno inmediato.

Cargado de poemas y «peregrino que marcha a la Meca de un ideal», Araquistain se va, a finales de 1905 o principios de 1906, a la Argentina. Al igual que Maeztu en Cuba, desempeña todo tipo de trabajos para sobrevivir. Entre ellos, probablemente el de redactor de *El Despertar Hispano* de Buenos Aires, desde donde escribe al «admirado maestro» Miguel de Unamuno, «demandando un poco de hospitalidad intelectual»¹⁷.

De nuevo, como en el caso de Maeztu, estamos aquí ante un magisterio temprano y crucial de subconscientes afinidades electivas. Unamuno orienta o refuerza en ambos el interés por el estilo directo y llano, trasunto literario de la «vida vivida y no refleja», la densidad expresiva y el espíritu batallador y polémico¹⁸. Atrae en gran medida a Maeztu al socialismo, primero, y a la teología y a la religión, después. Para Araquistain, es estimulante modelo al principio, y luego un amigo y un confidente. Los dos padecerán cierta «frustración unamuniana», al no conseguir sacar al rector de su «egotismo» o «individualismo interior», hacia una militancia regeneracionista más activa. De momento, por la carta de Araquistain, sabemos que los tres asisten en 1901 a los juegos florales de Bilbao. Unamuno, el protagonista, en calidad de «gran agitador de espíritus»; Maeztu, como pregonero de uno de los dos «faustos acontecimientos con que nuestra patria ha forzado las puertas del siglo nuevo», y Araquistain, en el papel de «devoto admirador»¹⁹.

Pasado un año de su primera «llamada en el alma» al escritor de sus «predilecciones», Araquistain comunica a Unamuno su intención de trasladarse a Inglaterra para aprender el idioma a finales de 1907. Piensa «ganarse el mendrugo» escribiendo para periódicos españoles o argentinos, echando mano de las múltiples profesiones aprendidas o, en último término, recurriendo a «dos brazos vigorosos»²⁰. Quizá tuviera alguna noticia sobre la inminente creación, con capital vasco, de un nuevo periódico, *El Mundo*, que lanza su primer número el lunes 21 de octubre de ese año²¹.

¹⁷ GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 259 (21 septiembre 1906), p. 464.

¹⁸ La expresión es utilizada por el propio Araquistain, que añade: «Espero hacer algo más sustancioso y más denso», GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 260 (8 julio 1907), p. 465. Maeztu le escribe a Ortega (21 abril 1915): «Ya no sé escribir corto e intenso». Las cartas de Maeztu y Araquistain a Ortega, en la Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.

¹⁹ La denominación de Unamuno, en Maeztu, «Hombres, ideas, obras», *Nuevo Mundo*, 18-VI-1908, publicado en *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*. Rialp, Madrid, 1966, p. 269. «Sobre el discurso de Unamuno», *El Imparcial*, 30-VIII-1901, publicado en las *Obras completas* de Unamuno, Escelicer, Madrid, 1968, t. 4, p. 250. ARAQUISTAIN; GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 259 (21 septiembre 1906), p. 464.

²⁰ GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, cartas n.º 259 y 260 (21 septiembre 1906, 8 julio 1907), p. 278.

²¹ En el editorial, su director, Julio Burell, lo define como «periódico independiente de izquierda».

Una vez conseguido el beneplácito de Benigno Chávarri ²², su propietario, Araquistain se instala en Londres como corresponsal, publicando su primer artículo localizado, «Crónicas de Londres. Emigrantes del norte», el 27 de junio de 1908.

UNA COMPAÑÍA DE D. QUIJOTE: LOS CHICOS DE LONDRES

Cuando Araquistain llega a Londres, Maeztu domina la escena británica, que él ha descubierto y viene mostrando al público español desde 1905. Enviado con el objetivo concreto de seguir la campaña proteccionista de Chamberlain que alarma a los exportadores españoles, Maeztu ha ido, no obstante, a la capital inglesa con el decidido propósito de hacer que España deje de asomarse al mundo a través de la «mala ventana» de París y lo haga por medio de Londres, «metrópoli del trabajo y del tráfico mundial» ²³.

A la altura de 1908 ha conseguido ya en gran parte su objetivo, ayudado por circunstancias favorables como la boda real, el incremento de las relaciones entre los dos países y el interés de nuestros reformistas en el sistema político británico, pero gracias, sobre todo, a un enorme esfuerzo personal, todo un récord periodístico, que supera las 300 colaboraciones anuales repartidas entre *La Correspondencia de España*, *El Diluvio*, *Nuevo Mundo* y *La Prensa*, de Buenos Aires. Araquistain, años más tarde, no sobrepasará los dos artículos semanales frente a los cuatro o cinco de Maeztu. La importancia del acontecimiento, calificado por Madariaga de «revolución copernicana» en la información española, lo reflejará Araquistain al considerar a Maeztu «El más poderoso transmisor de novedades de la inteligencia» de la España contemporánea ²⁴.

Amigo de Julio Burell, que le ofrecerá en 1910 el puesto de director general de enseñanza primaria ²⁵, íntimo de Manuel Bueno y apreciado por la mayoría de los colaboradores de *El Mundo*, Maeztu aparece frecuentemente citado en el periódico de Araquistain. El 26 de julio le menciona Luis Bello, director en funciones por entonces, y el 15 de agosto la sección «Figuras del día», dedicada a su hermana María al haber sido designada para asistir al Congreso Pedagógico de Londres, aprovecha la ocasión para enviar «estas líneas de simpatía» al «gran cronista español que, desde Londres, no ha dejado un momento de pensar en su patria».

La extremada parquedad de Araquistain, al contrario que Maeztu, en noticias autobiográficas y referencias a otras personas, no permite precisar el inicio de una amistad, que no debió de demorarse entre los dos vascos,

²² PRIETO, I., *op. cit.*, p. 278.

²³ «España e Inglaterra», en *La Correspondencia*, 5-I-1905.

²⁴ MADARIAGA: *España*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1974, p. 112. ARAQUISTAIN: «Ramiro de Maeztu», en *España*, n.º 222 (10 julio 1919), p. 6.

²⁵ «Cae el señor Altamira», en *Nuevo Mundo*, 16-X-1913.

bilbaínos de adopción, adoradores del mismo maestro y regeneradores a ultranza. Claro que las diferencias que provocarán la ruptura están también presentes desde el principio. Posiblemente el «prolífico» Maeztu no le hizo muy fácil la labor profesional, sensibilizándole respecto del «pisado» de noticias que Araquistain proyectaría más tarde sobre Ortega al describir «las cualidades necesarias a un periodista»²⁶. Aunque Maeztu le acusara de «seguir sus huellas»²⁷, no es nada extraño que, moviéndose en los mismos ambientes, los temas e incluso los títulos de los artículos de ambos sean muy similares hasta la guerra europea. El tratamiento es, desde luego, muy distinto.

Araquistain, sin prescindir de sus puntos de vista, prefiere un realismo descriptivo que se ciñe a la narración de los hechos en períodos inicialmente más bien largos, mientras que Maeztu tiende a acentuar la interpretación personal y ejemplarizadora de los sucesos en frases y párrafos breves, típicos del periodismo anglosajón, que el primero utilizará más tarde. Los titulares popularizados por ambos —«Ecos de Londres» (Maeztu), «Crónicas de Londres» o, simplemente «Desde Londres» (Araquistain, y después adoptado por Maeztu)— reflejan unos estilos que se diferencian también en el léxico, donde Araquistain se muestra más escrupuloso en la adopción de anglicismos o en la creación de palabras nuevas. Valga, por ejemplo, el término «sufraguita» que introduce Maeztu para traducir la palabra «*suffragette*» aplicada por el *Daily Mail* (10 enero 1906) a las feministas pertenecientes a la «Women's Social and Political Union» de Mrs. Pankhurst, defensoras de la acción directa y los métodos violentos frente al de «sufragista» (*suffragist*) con el que se designa a las más antiguas, moderadas y parlamentarias afiliadas a la «National Union of Women's Suffrage Societies». Precisamente cuando más popular se hace en Inglaterra el término «*suffragette*», en torno a 1908, Maeztu abandona el de «sufraguita», utilizando en adelante «sufragista», como Araquistain²⁸.

Ideológicamente, Araquistain es un pacifista radical que en «El mitin de la paz» —bajo el epígrafe unamuniano de «guerra a la guerra»—, reprocha a los congresistas el hablar de la guerra «no para rechazarla de raíz, sino para atenuar sus horrores»:

«Esta buena gente que se mete a pacificar el mundo se asusta de los radicalismos; no va al logro directo de la paz; pretende humanizar la guerra legitimando el

²⁶ «Personalidad y apersonalidad», art. cit.; *El pensamiento español contemporáneo, op. cit.*, p. 83.

²⁷ «La personalidad», en *Nuevo Mundo*, 16-IV-1914.

²⁸ «Las sufraguitas y Mr. Asquith», en *La Correspondencia*, 24-VI-1906; «Sócrates y la sufraguita», en *Nuevo Mundo*, 7-I-1909; «Las sufragistas y el carbón», en el *Heraldo*, 8-III-1912. Para el término *suffragette* y su popularización hacia 1908, véase ELIF HALÉVY, *The Rule of Democracy (1905-1914)*. Ernest Benn, Londres, 1970 (1932), p. 516, y DONALD READ, *England 1868-1914*. Longman, Londres, 1969, p. 503.

uso de unas armas y rechazando el de otras, como si la barbarie tuviese términos medios y como si la muerte no fuese brutal de cualquier modo.»²⁹

Un mes más tarde informa sobre el Congreso Eucarístico de Londres, «Tolerancia y buen negocio»³⁰, desde un punto de vista rigurosamente laico que hace hincapié en el «forzado tributo de esterlinas» que producirá a la metrópoli. Su ironía no es agresiva ni anticlerical, sino la estrictamente positivista del que ha renunciado a lo que «no tiene solución posible», «dados nuestros limitados medios de conocer», y cuyo sentimiento religioso se refiere al aspecto «estético, o sea, la confrontación del espíritu con el universo», como le dirá a Unamuno en 1912³¹.

No nos habla en estos primeros artículos de su socialismo, que es, todavía, muy personal:

«Pero el cronista, que no aspira a ser una lumbrera sociológica ni siente vocación por la crítica histórica, tiene la opinión de que basta para descubrir la verdad de las cosas ser un pequeño observador de la vida, y observarla con la amable lente de una filosofía romántica y no con los rayos X de una sociología reseca.»³²

Sin embargo, en su aproximación destacan la reacción ante las desigualdades sociales —«apetitos de pan, de libertad y de justicia»³³—, el populismo y el internacionalismo:

«Las grandes ideas necesitan para su exposición la amplitud del aire libre, las plazas públicas donde se amontona el pueblo, con su conciencia de niño abierta a todo lo noble... «en nombre de todos los obreros de Inglaterra, amigos de corazón de los obreros alemanes... ¿no habrá sentido el empuje de estas nuevas ideas que vinculan a los pueblos por debajo de todos los rencorillos oficiales?»³⁴.

Maeztu no escribió ningún artículo sobre el XVII Congreso de la Paz, ni sobre el Congreso Eucarístico, del que informó con dos telegramas³⁵. Militarista convencido, durante estos años ha intentado persuadir una y otra vez a los socialistas para que abandonen su antimilitarismo. Seguidor del modernismo religioso, ha iniciado una clara exaltación de sus creencias cristianas, aún

²⁹ En *El Mundo*, 8-VIII-1908.

³⁰ En *El Mundo*, 14-IX-1908.

³¹ GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 265 (Munich, 21 diciembre 1912), p. 474. Sobre su socialismo, le ha dicho cinco meses antes: «El principio de mi socialismo es esta injusta e inícuca repartición de cosas que impera en el mundo... Yo soy, pues, también socialista por espíritu de devolución», carta n.º 263 (Munich, 30 julio 1912), pp. 470-71.

³² En *El Mundo*, 4-VII-1908.

³³ La frase es característica de Araquistain: véase «Pan y primeras letras», GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 263, p. 471; «La voluntad nacional de pan, trabajo y justicia», en *España en el crisol*. Minerva, Barcelona, s.a. (¿enero?, 1921), p. 104. Los artículos que componen el libro se publicaron, de febrero de 1916 a julio de 1919, en *España* y *El Figaro*.

³⁴ En *El Mundo*, 8-VIII-1908.

³⁵ En *La Correspondencia*, 10 y 12-IX-1908.

no dogmáticas; de ahí que evite abordar un tema, cuando menos, problemático. Su socialismo, antimarxista, elitista y religioso, es, en realidad, un liberalismo radical que valora en el socialismo, al igual que Ortega e incluso Unamuno, su impulso moral y dinamismo político, viéndolo como una prometedora fuerza de regeneración del país ³⁶.

No obstante estas diferentes perspectivas ideológicas, que explican su evolución posterior, a la altura de septiembre de 1908 predominaban en Araquistain, respecto a Maeztu, la admiración y el aprecio rastreables en su relación hasta 1911.

A finales del verano de 1908 Maeztu admite la derrota en su polémica con Ortega y se pasa, enfervorizado, al bando orteguiano, empezando a predicar la europeización por la ciencia. En mayo de 1909 el «presupuesto revolucionario» ³⁷ de Lloyd George, al que se oponen los lores, une a liberales y laboristas, proporcionando a los dos corresponsales, políticamente muy enardecidos, el modelo que ofrecer a las izquierdas españolas aunadas contra Maura. En septiembre, entre la semana trágica y la ejecución de Ferrer, ha tenido lugar el último enfrentamiento de Ortega con Azorín y Unamuno a propósito de «los papanatas». Maeztu, que ya ha atacado a Unamuno anteriormente, vuelve a la carga apoyando a Ortega el 21 de octubre en *Nuevo Mundo*:

«Uno de los seguidores del ideal «Europa», el más joven, llega a ver permanentemente claro lo que veíamos los demás sino en segundos pasajeros de luzidez. «Europa —nos dice— es realmente el remedio, porque nuestra enfermedad es la vaguedad y Europa es la definición”... Pero en este momento, cuando ya ni la duda puede ser legítima, uno de los nuestros, acaso el mejor, acaso el que podía haber hecho más que ninguno en el servicio del ideal, nos dice que hay que africanizarnos... ¿Sabe lo que dice? Y, si lo sabe, ¿no es un dolor?» ³⁸.

Pocos días después Araquistain aprovecha el artículo de su admirado Unamuno «Los dos fantasmas», en que arremete contra el anarquismo viniendo a reforzar las tesis gubernamentales contra Ferrer, para pedirle, con tono orteguiano y símiles militares, un remedio, una actitud más constructiva y su paso al socialismo:

«Hay que proceder a convertir la nebulosa en sistemas bien definidos, hay que ordenar las ideas, hay que proceder militarmente, reduciendo las unidades aisla-

³⁶ Véase «Jaurès y el militarismo» (13 febrero), «El socialismo de corbata y la Fabian Society, I-II (24 y 29 marzo), «Socialismo religioso» (8 agosto), «Socialismo y militarismo» (3 septiembre), todos ellos en *La Correspondencia*, 1907. Para el modernismo, «La teología socialista, I-VIII», en *El Diluvio*, 8 al 26-XII-1907.

³⁷ *La Correspondencia*, 4-V-1909.

³⁸ Publicado en *Los intelectuales*, *op. cit.*, pp. 191-92. La relación de Ortega con los miembros de la generación anterior y con Unamuno, en Vicente Cacho Viu, «Ortega y el espíritu del 98» y «Unamuno y Ortega», *Revista de Occidente*, n.º 48-49 y 65 (mayo 1985; octubre 1986). El paso de Maeztu a la órbita de Ortega en mi tesis doctoral *La etapa inglesa de Ramiro de Maeztu*, Universidad Complutense, Madrid, 1987, pp. 128-83.

das de nuestras ideas a un ejército regular eficiente. Eso sólo puede realizarse mediante el estudio... No tenemos grandes edificadores. Está bien que se eche abajo la obra en ruinas, pero hay que contar con un plano para la nueva. ¿Lo tiene usted? Y si lo tiene, ¿por qué no nos lo da? Y si no lo tiene, ¿por qué no emplea su fuerte mentalidad en descubrirlo? Y si lo hay ya hecho —¿qué me dice usted del Socialismo como medida transitoria?—, ¿por qué no viene usted a autorizarlo con su prestigio y la fuerza de su inteligencia?»³⁹.

En diciembre, Maeztu y Araquistain dan un paso más en la tarea de «organizar las izquierdas de la sociedad española»⁴⁰. Maeztu abandona su periódico conservador, *La Correspondencia*, y pasa al *Heraldo*, perteneciente al *trust*. Araquistain colabora en *La Mañana*, periódico que se subtitula «liberal-socialista», la consigna que Ortega lanzara en el primer número de la revista *Faro* (23-II-1908). *La Mañana* parece un desdoble de *El Mundo* porque, aunque despliega una mayor variedad ideológica —republicanos, socialistas, catalanistas, etc.—, el grueso de sus escritores procede de la redacción de *El Mundo*. Entre ellos su director, Manuel Bueno, también vasco y amigo de Maeztu, a quien sigue estrechamente en sus artículos, y Luis Bello, muy conectado con las publicaciones de Ortega, una de las cuales, *Europa*, dirigirá a partir de febrero de 1910. También en ella colabora Araquistain, precisamente con un artículo, «Un siglo de quinientos años»⁴¹, en apoyo de las tesis de Maeztu en la polémica sobre Zuloaga.

La controversia se había originado por las opiniones del crítico Francisco Acebal sobre el manierismo de Zuloaga, afirmando Maeztu la existencia real de esa España pintoresca «a la que muchos españoles tenemos declarada guerra a muerte», y presentando al pintor como un acicate para la europeización: «precisamente porque sus lienzos hieren nuestra petulancia, fortalecen nuestras ansias de reforma»⁴². Interviene, matizando, Francisco Alcántara, crítico de arte de *El Imparcial*, y Azorín, en *ABC*, declara que esa España es falsa y no corresponde a «la visión que nosotros tenemos de nuestras cosas». En este momento entra Araquistain utilizando una cita de Maeztu para atacar indirectamente —a través de Maura y La Cierva— a Azorín:

«En política, sus hombres, Maura y La Cierva, por ejemplo, no tienen del siglo XX más que el disfraz de su indumentaria, como ha observado Maeztu exactamente.»

Faltan a los españoles, según él, «mentalidad socializadora» y «curiosidad intelectual», por lo que chocan «con el espíritu europeo contemporáneo». Estima que «en el fondo, todo es una cuestión pedagógica», y termina:

³⁹ GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 261 (27 octubre 1909), p. 468.

⁴⁰ *La Correspondencia*, 10-XII-1909.

⁴¹ *Europa*, n.º 10 (24 abril 1910).

⁴² «Los asuntos de Zuloaga», en el *Heraldo*, 9-III-1910. Para la polémica Zuloaga, LA-FUENTE FERRARI, E.: *La vida y el arte de Ignacio Zuloaga*, Editora Internacional, San Sebastián, 1950, p. 197. Los artículos de Maeztu en *La etapa inglesa*, *op. cit.*, pp. 930-33-36-46.

«Por todo esto, la España de Zuloaga no es falsa ni lo será mientras no nos apresuremos a cerrar, mediante una nueva forma de educación, este vergonzoso siglo de quinientos años en que aún vivimos los españoles.»

El 28 de junio, Araquistain le da las gracias a Ortega por sus gestiones con Moya para facilitarle la entrada en *El Liberal*. Como Maeztu en 1908⁴³, expresa su intención de «poner en un estudio serio y sistemático todo el tiempo que me permita el periódico». Le pide un ejemplar de «Adán en el paraíso» —con el que Ortega participa en la polémica sobre Zuloaga—, y comenta:

«Usted y Maeztu, en los diarios, y de vez en cuando alguno más en las revistas son los únicos puertos de recalada para los que andamos perdidos y cegados por las lágrimas de la "sordidez ideal", como usted ha dicho de este pueblo desventurado.»

Un mes más tarde, en julio, Maeztu le escribe a Ortega sus opiniones sobre «Lerroux o la eficacia»⁴⁴. Siente repugnancia hacia Lerroux, a quien no considera ni «liberal» ni «agresivo», pero si Ortega le da por bueno, él también lo hará, y sus amigos con él, aunque para convencerlos pide un plazo de dos años. De los amigos, habla a continuación: «Ayer domingo, lo pasamos reunidos siete españoles: Elorrieta, Araquistain, Pla (un marino), Olariaga, Pico (un abogado de Cartagena), Morales y yo. En todos ellos vibra la idea liberal y la conciencia del deber». Dice que son obra suya en parte, y que constituyen, «si no una pequeña compañía de Jesús, al menos una compañía de Don Quijote»... «Todos ellos le quieren a usted tanto o más que a mí probablemente». Quizá Maeztu exageraba su liderazgo y la cohesión del grupo al que en cartas posteriores se refiere como «los chicos de Berlín» (1911) y «los chicos de Londres» (1912)⁴⁵, pero sin lugar a dudas existió una estrecha relación entre ellos. Maeztu y Araquistain, los políticamente más apasionados, cuentan una anécdota muy reveladora: Maeztu, en el paroxismo de sus ansias regeneradoras, piensa en un golpe de Estado para el que le bastarían 45 capitanes; Araquistain iba a ser el ministro de Hacienda⁴⁶.

Que Maeztu habló de Lerroux al grupo parece confirmarlo la destemplada crítica que Araquistain, ya al final de su vida, le hace a Ortega por su «error

⁴³ Carta a Ortega, otoño 1908.

⁴⁴ *El Radical*, 22-VII-1910. «Obras completas», *Revista de Occidente*, Madrid, 1969, t. 10, pp. 155-58.

⁴⁵ Cartas a Ortega de 25 julio 1910, 3 y 15 octubre 1911 y 6 mayo 1912. A José Pla, componente del grupo, le arenga desde Madrid en diciembre de 1910: «Aquí estamos, el grupo de Londres, en primera fila», en José Pla, «Florilegio epistolar de Maeztu», *Cuadernos Hispano-americanos*, n.º 33-34 (septiembre-octubre 1953), p. 56. Araquistain utiliza las mismas expresiones en carta a Ortega de 11 mayo 1912.

⁴⁶ MAEZTU: «El millón de Larache», *El Sol*, 13-III-1923, publicado por María de Maeztu en *España y Europa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959, p. 80 (da la cifra de 49). ARAQUISTAIN: «Personalidad y apersonalidad», art. cit.

lerrouxista»: «Yo he oído hablar a Ortega en un mitin organizado por este hombre funesto. Yo he leído un artículo suyo titulado «Lerroux o la eficacia»; artículo que sin duda por vergüenza retrospectiva, ha suprimido en sus *Obras completas*»⁴⁷. El Araquistain de 1959, dolido por la dura represión del gobierno Lerroux en octubre de 1934, no recuerda su participación, al menos indirecta, en el pasajero «error lerrouxista» de Ortega. Porque tanto Maeztu como Araquistain, desde sus primeros días de corresponsales en Londres, insisten una y otra vez en la constante y masiva movilización política del público británico. Exactamente lo que procuraban evitar los políticos de la Restauración, y lo que lleva a cabo, con eficacia innovadora, Lerroux en sus años catalanes, como ha demostrado recientemente Joan B. Culla i Clará⁴⁸. Araquistain no consideró entonces a Lerroux «un hombre funesto», pues sus colaboraciones se anunciaron en *El Radical*, junto a las de Ortega, Pérez Galdós, Flores de Lemus y Besteiro⁴⁹. Todavía en *España en el crisol* recurriría al político andaluz como posible alternativa de izquierda: «el dictador que proponemos es el señor Iglesias o, en su defecto, el señor Besteiro, o en su defecto, el señor Lerroux, o en su defecto, don Melquiades Alvarez»⁵⁰. Por esas fechas hacía años que Ortega había rectificado el «error Lerroux».

Siguiendo el ejemplo de Ortega, Maeztu se traslada a Alemania en marzo de 1911 para introducirse en «la vida esencial»⁵¹. Araquistain irá tras él, y los dos desempeñarán las corresponsalías de sus periódicos —*Heraldo* y *El Liberal*— en Londres y en Berlín hasta la guerra europea. A finales de año visitan a Ortega en Marburgo: «Pepe Ortega se marchó anteayer (15 de diciembre). Sí, es un espíritu enorme. A Araquistain le parece sobre todo artista, porque ése es el lado flaco de don Luis. A mí me parece, sobre todo, sabio, porque ése es mi flaco». A continuación le habla a Pla de una carta a Araquistain remozando políticamente la idea orteguiana de la cultura alemana como «atajo» para que los españoles lleguen antes a la ciencia fundamental sin perderse en la copiosa y excelente, pero menos esencial, cultura francesa que nos exigiría un mayor rodeo:

«Hoy escribo a Araquistain una carta algo paradójica. Vengo a decirle que Alemania es, para España, el camino para llegar a Inglaterra, cuya política radical es la justa admiración del mundo.»⁵²

⁴⁷ *El pensamiento español contemporáneo, op. cit.*, p. 93.

⁴⁸ *El republicanismo lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Curial, Barcelona, 1986. Sobre el interés de los políticos de la Restauración en la desmovilización política, José Varela Ortega, *Los amigos políticos*, Alianza, Madrid, 1977.

⁴⁹ CONARD, Pierre: «Ortega y Gasset, écrits politiques (1910-1913)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1967, t. 3, pp. 417-75.

⁵⁰ *Op. cit.*, p. 101. El artículo «¿Dictadura o democracia directa?» había aparecido en *El Figaro*, 13-III-1919.

⁵¹ La expresión es de Ortega, «Alemán, latín y griego», en *El Imparcial*, 10-IX-1911, O. C., t. 1, pp. 206-10. Maeztu repite las tesis orteguianas, pero modifica la frase en «La cultura esencial», *Nuevo Mundo*, 21-IX-1911.

⁵² PLA CÁRCELES, José: «Florilegio epistolar de Maeztu», art. cit., p. 57. Para la polémica

DESILUSIÓN Y CORRECTIVOS

Las paradojas políticas van a acumularse a partir de 1911 en un Maeztu «rejuvenecido»⁵³ por Ortega, pero al que la agitada política británica e internacional, y la lenta transformación española, arrastran a posiciones más autoritarias. Los artículos de Araquistain bajo el epígrafe de «La revolución en Inglaterra»⁵⁴ muestran con exactitud la violenta irrupción del nuevo sindicalismo, el sufragismo femenino y el unionismo conservador en la vida inglesa. En el ámbito internacional las tensiones imperialistas y nacionalistas impulsan la escalada armamentista entre Inglaterra y Alemania, relegando las reformas sociales.

Araquistain, perteneciente a otra generación y recién ingresado en el PSOE (1911), observa los acontecimientos con esperanzada ilusión, siguiendo una línea moderada, antiarmamentista y pacifista típica del socialismo europeo de la época. Maeztu piensa que «a la hora actual no hay ideario político en Europa que no se vea amenazado en sus fundamentos: desde el imperialismo hasta el socialismo»⁵⁵. Un año más tarde, se pregunta si no estarán rebasando los hechos su capacidad de comprensión:

«La cosa es gravísima. Llega un momento a todos los hombres en que el espíritu se niega a la asimilación de ideas nuevas... Esa hora llega silenciosa e inadvertidamente... El mundo se echa a rodar sobre nuestras cabezas, sin que nos demos cuenta de ello... ¡Dios me perdone!, ¿no vale más morir?»⁵⁶.

Consecuentemente acentúa «el orden y la autoridad», derivando a un regeneracionismo autoritario que agranda las contradicciones entre sus objetivos progresistas y sus métodos compulsivos. Contra el sindicalismo, apela al socialismo:

«El socialismo se funda en un principio de orden y de autoridad: la autoridad y el orden colectivos frente al capricho individual. La táctica del sindicalismo, con su afirmación de la violencia individual o seccional, es fundamentalmente adversa al principio social, que es el principio socialista.»⁵⁷

Pero ese socialismo se nos revela en «El trabajo y las armas»⁵⁸ como armamentista, militarista e imperialista. El militarismo es una garantía para la

sobre la prioridad de la cultura francesa o la alemana, véase Maeztu: «Desafrancesados», *Heraldo*, 28-VIII-1911; Pio Baroja: «¿Con el latino o con el germano?», *El Imparcial*, 1-IX-1911; Ortega: «Alemán, latín y griego», art. cit., y «Una respuesta a una pregunta», *El Imparcial*, 13-IX-1911 (escrito el día 4), *O. C.*, t. 1, pp. 211-15; Maeztu: «La cultura esencial», art. cit., y Baroja: «Europeización», *El Imparcial*, 28-IX-1911.

⁵³ Maeztu: «El problema de los intelectuales», en *Heraldo*, 29-XII-1910.

⁵⁴ *El Liberal*, 27, 30-VIII y 6-IX-1912.

⁵⁵ *La Prensa* de Buenos Aires, 7-XII-1912.

⁵⁶ *Nuevo Mundo*, 6-XI-1913.

⁵⁷ *Heraldo*, 4-IV-1912.

⁵⁸ *Heraldo*, 10-VI-1912.

paz: «Y Alemania es pacífica, lo ha sido siempre, lo es hoy más que nunca, no a pesar de, sino gracias a su militarismo»⁵⁹. Al tiempo que porfia en sus viejas ideas, va adoptando en sus artículos un aire más doctrinal y pesado.

Esta obstinación temática y psicológica, así como ciertos desajustes pasionales —Maeztu vivía un conocido y tormentoso triángulo amoroso con la mujer de un músico inglés⁶⁰—, le enfrentan con Araquistain, quien el primero de mayo agradece a Ortega la tarjeta «censurando con breve y justa dureza su (de Maeztu) labor de esta última temporada». Le sugiere la conveniencia de que saque de Londres a Maeztu, dada la «inmensa autoridad moral» que ejerce sobre él, «aunque fuera necesario utilizar la fuerza física»: «Llévele usted a España; salvará usted de la ruina un cerebro poco común y... acaso una vida». Se alegra de la «desautorización» orteguiana a Maeztu, por entender que el vitoriano llevaba a cabo una «falsa proyección» del pensamiento de Ortega. Cree Araquistain que la «arbitrariedad» de Maeztu no radica «en un plano de pensamiento», sino en el problema pasional, por lo que trata de aclarar el tema armamentista e imperialista directamente con Ortega, desde Marburgo, diez días después.

La discusión se centra en los artículos de Ortega «El caso de Italia» y «Más sobre el caso Italia»⁶¹. Araquistain, apoyándose en la exigencia orteguiana de técnicas que nos doten «de energías y de armas» contra el imperialismo noreuropeo, y en una carta indiscretamente aireada por Maeztu, había propagado la imagen de una España simbolizada por un acorazado tripulado por Ortega. Le explica ahora el origen del símil. Rechaza enérgicamente la expresión de «postura pueril» con la que el filósofo había calificado las opiniones pacifistas de los «chicos de Londres»: de pequeño se había liado a tortas con una criada de la casa que le había llamado eso mismo. Se muestra «desconcertado» por la anterior explicación que le diera Ortega de no estar de acuerdo con Maeztu en la técnica, pero sí en el pensamiento de sus artículos, y le emplaza a definirse: «¿armamentos o no armamentos?». El respeto por Ortega, a quien promete dejar el periodismo, es todavía muy grande en esa carta, y parece aún mayor en la siguiente, desde Zurich, en el mes de junio:

«Perdóneme todo el mal que le he hecho y sirva como atenuante la confesión de que nunca más, ocurra lo que ocurra, se repetirá nada que se parezca a este amargo incidente. Es posible que en algunas cosas —creo que en pocas o de poca importancia— no lleguemos a estar enteramente acordes, pero de una cosa estoy seguro: de que todas las posibles diferencias no bastarán a enturbiarme la visión del verdadero Ortega, de mi Ortega, del que en esta carta me ha abierto el palacio real de su corazón y a quien yo —¡pobre reciprocidad!— le abro la choza del mío».

⁵⁹ *La Prensa* de Buenos Aires, 6-VIII-1912.

⁶⁰ También cuenta este episodio Eugeni Xammar, *Seixanta anys d'anar pel món*. Pòrtic, Barcelona, 1974, p. 164.

⁶¹ *El Imparcial*, 1 y 14-XII-1911, O. C., t. 10, pp. 176-84.

Vuelve a cargar aquí el peso de los malentendidos sobre Maeztu y niega haber querido obligar a Ortega a elegir entre «Maura y los radicales», porque «todo este tiempo lo he pasado tratando de convencer a Barcia —que siente bastante devoción por uno de esos radicales— de que nosotros no podemos entroncarnos con ningún partido ni ningún político español, como no sea el Partido Socialista». Declara de nuevo su intención de abandonar el periodismo, pero le hiere profundamente que Ortega le llame periodista: «Yo sé lo que significa esa palabra, periodista, para un universitario».

A pesar de los perdones y las simpatías declaradas, la última carta representa el distanciamiento de Ortega. Precisamente un mes más tarde, reanuda su correspondencia con Unamuno, explayándose sobre las «titiriterías» de Maeztu y sus gritos de «¡hay que enterarse!, ¡hay que estudiar!», confesando que «últimamente se me ha hecho a mí insufrible». Acuerda con Unamuno un pacto, «que no sólo nos toleremos, sino que nos ayudemos unos a otros», y expresa el deseo de conocer mejor a «mi señor don Miguel de Unamuno», por cuyo «individualismo interior», a su edad, «es posible que yo también me decida»⁶². Dos semanas después, coincide con el rector: «Por lo demás, muy conforme en cuanto a esta epidemia de pedantería grotesca que les ha entrado a nuestros jóvenes regeneradores»⁶³.

Mientras tanto «los chicos de Londres» —entre ellos Alvarez del Vayo y Barcia— han aclarado la situación a Maeztu:

«Ya le dijimos la otra noche: de hoy en adelante dedíquese a preparar los dramas que a los triángulos dedica, haga su periodismo, pero sin entrometerse a dar orientaciones políticas, porque en cuanto veamos que nos estorba usted en lo más mínimo, apelaremos a todos los medios para inutilizarle.»⁶⁴

A partir de septiembre Araquistain inicia la rectificación informativa de Maeztu en una polémica que se prolongará hasta finales de 1914. La pugna sólo en algunas ocasiones llega al enfrentamiento personal, pues las más de las veces corrigen la interpretación del adversario sin nombrarle. La ocasión elegida para el inicio de la polémica es el Congreso de los socialistas alemanes en Chemnitz. Bajo el diáfano título de «Los socialistas y los armamentos», Araquistain subraya la constante oposición del socialismo a las armas, con Maeztu *in mente*:

«Algunas buenas gentes, conocedoras de que algunos socialistas alemanes habían escrito artículos en favor de los armamentos, creyeron que toda la Democracia Social alemana se había vuelto armamentista, y esperaban que ahora, en el

⁶² GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 262 (13 julio 1912), pp. 468-70. Sobre la recomendación de estudiar que Maeztu hacía a todo el mundo, véase PLA CARCELES, José, art. cit., p. 56, y XAMMAR, Eugeni, *op. cit.*, p. 164.

⁶³ GÓMEZ MOLLEDA, D., *op. cit.*, carta n.º 263 (30 julio 1912), p. 472.

⁶⁴ Carta de Alvarez del Vayo a Araquistain enviada por éste a Ortega (6 junio 1912).

Congreso de este año, tomaría forma oficial este sorprendente cambio de opinión.»

Y remacha finalmente: «Se nos olvidaba decir que la proposición contra el imperialismo y los armamentos fue votada por todos los delegados —quinientos veintitantos— ... menos tres»⁶⁵. Maeztu responde enfocando la información en la expulsión de Hildebrand a causa de la incompreensión del «sabio» por el «agitador», apostillando que Hildebrand puede consolarse porque a la mayoría de los obreros de su partido no puede exigírseles el trabajo de ponerse a pensar: «Más triste sería que se encontrase con mentalidades proletarias entre gentes que deberían ser intelectuales»⁶⁶. Vuelve, incansable, sobre el tema en diciembre, con «El socialismo y las colonias»:

«Esta creencia nuestra nos ha costado en estos meses últimos ataques dolorosos y crueles hasta por parte de amigos queridos y bienintencionados que se figuran, como los radicales de Chemnitz, que el mejor camino de solucionar los problemas era eliminar a quienes los planteaban.»⁶⁷

Una semana más tarde hace un alto en el camino, «La cultura es polémica», defendiendo los debates en la vida cultural, pero quejándose de la guerra «a hurtadillas y no frente a frente»: «Como nuestras disputas son aún jóvenes, no hemos sabido elaborar un derecho de gentes, al que hayan de atenerse los disputantes»⁶⁸. Por su parte, Araquistain tratará de clarificar la cuestión colonial en «España y su drama colonial», atrayendo la atención de Maeztu hacia Marruecos y apuntando a un régimen de «socialismo colonial», no basado en la explotación, sino en la colaboración entre la metrópoli y sus colonias:

«Sólo queremos... afirmar la existencia de una política colonial socialista frente a los que creen equivocadamente, como Ramiro de Maeztu, que el socialismo internacional es anticolonialista.»⁶⁹

El tono correcto de Araquistain no debe confundirnos sobre su verdadero estado de ánimo porque, desde el comienzo de la guerra de los Balcanes, el militarismo de Maeztu se ha disparado y viene defendiendo la guerra en épicas claves de cristianismo frente al islam, y de ciencia (Grecia) contra barbarie (Turquía), convirtiéndola en la eterna cruzada del bien contra el mal, con peli-grosas referencias al norte de Africa:

«La guerra de los Balcanes es la continuación de esa lucha que empezó en Troya, siguió en las Termópilas... y aún sigue por los alrededores de Melilla. Es la

⁶⁵ *El Liberal*, 28-IX-1912.

⁶⁶ «El caso Hildebrand», en *Nuevo Mundo*, 10-X-1912.

⁶⁷ *Heraldo*, 4-XII-1912.

⁶⁸ *Nuevo Mundo*, 12-XII-1912, publicado en *Los intelectuales. op. cit.*, p. 151.

⁶⁹ *El Liberal*, 14-XII-1912.

guerra de Occidente y de Oriente, de Europa y Asia, de la civilización y la barbarie.»⁷⁰

A los quince días se descuelga con un «Elogio de la guerra»⁷¹, que pone furioso a su colega. Araquistain le escribe a Unamuno:

«¡Bien, muy bien su artículo "Guerra a la guerra"! Leí el otro contra el cual va dirigido el suyo, aquel otro que también me indignó hasta lo más hondo... Pero estos héroes, que están dispuestos a morir con la pluma en la mano... son odiosos. Va siendo cosa de negarles toda consideración pública y de insultarles en voz alta.»

Y ante la rectificación de Unamuno unos días después:

«Me pareció que lo único que se proponía usted era darle un trancazo a Maeztu por otro artículo sobre el tema de la guerra también. Y darle un trancazo a Maeztu por su grotesco militarismo (por lo menos) es cosa que me encontrará dispuesto siempre a escribir a cualquiera una postal de congratulación.»⁷²

En la última semana del año, Maeztu, pasando por alto la cuestión de Marruecos, retorna a la «batalla que sostiene frente a una juventud querida y bienintencionada, pero tuerta», destacando contra «su amigo y adversario», que «el espíritu guerrero» es y será siempre «una virtud»⁷³. Al día siguiente los argumentos esgrimidos contra «nuestro amigo el señor Araquistain»⁷⁴, dan a entender la intención de llevar la polémica al cara a cara, pero son opiniones ya conocidas, y el cronista de *El Liberal* opta por la táctica de la información alternativa que utilizará a lo largo de 1913, logrando así enfriar la polémica e impedir que el vitoriano siga dando «argumentos a los conservadores». Maeztu, por su parte, sustituirá el nombre propio por expresiones como «jóvenes españoles» y «amigos de la izquierda»⁷⁵.

La polémica se reanuda y alcanza su máxima tensión en los primeros meses de 1914. Maeztu justifica su militarismo propugnando la intervención británica contra la represión llevada a cabo en Suráfrica por los generales Botha y Smuts contra la huelga de mineros (1913) y la de ferroviarios (enero de 1914), que terminó con la deportación de nueve dirigentes obreros:

«Hasta ahora las intervenciones no se han verificado sino para proteger intereses capitalistas o burocráticos. Esto es lo que ha hecho pacifistas a los obreros.

⁷⁰ «El alza de los pequeños», en *Nuevo Mundo*, 7-XI-1912. Los artículos de Maeztu comenzaron con «En plena guerra», *Heraldo*, 12-X-1912. La información de Maeztu y Araquistain sobre la guerra, en *La etapa inglesa*, op. cit., pp. 1148 y ss.

⁷¹ *Nuevo Mundo*, 21-XI-1912.

⁷² GÓMEZ MOLLEDA, D., op. cit., cartas n.º 264 y 265 (15 y 21 diciembre 1912), pp. 472-473.

⁷³ «También la ciencia», *Heraldo*, 25-XII-1912, y «Virtud es eficacia», *Nuevo Mundo*, 26-XII-1912.

⁷⁴ «Más sobre Hildebrand», *Heraldo*, 27-XII-1912.

⁷⁵ «Fuerza militar», *Nuevo Mundo*, 16-I-1913, y «Europa en armas», *Heraldo*, 17-III-1913.

Pero una cosa es intervenir en tierra extraña para favorecer el monopolio y otra distinta para garantizar sus derechos al trabajo. Y ya es hora de aprender a distinguir entre una y otra intervención.»⁷⁶

Cuando, pocos días después, Ramsay Mac Donald solicita del Gobierno británico una medida constitucional como el veto al proyecto de ley de indemnidad aprobado por el Parlamento surafricano, lo interpreta como «imperialismo obrero» en confirmación de sus tesis intervencionistas⁷⁷. Araquistain corrige entonces el «sonambulismo» de Maeztu:

«Estos fantásticos desvaríos no torcerán seguramente el curso de los astros ni perturbarán el sueño de nadie; pero como pueden agravar el confucionismo que en España se tiene de los conceptos dominantes en Europa, es un deber aplicarles el debido correctivo... A estos se reducen las fantasías de algunos sonámbulos.»⁷⁸

Maeztu responde sin calificativos, pero tozudamente, con dos artículos, «El imperialismo obrero. En Inglaterra», «En Alemania»⁷⁹, mientras que la paciencia de Araquistain está a punto de agotarse —«se insiste en querer demostrarnos que el mundo se ha vuelto del revés»— en «Patañas imperialistas», donde apunta, nuevamente, a Marruecos:

«La importancia que al concepto de imperialismo presta en España la cuestión de Marruecos, ha hecho necesarias estas persistentes aclaraciones.»⁸⁰

Antes de publicarse el último artículo de Araquistain, Maeztu ha pasado en otro, «La personalidad», al terreno personal: «El señor Araquistain se está dedicando casi exclusivamente desde hace tres años, a leer lo que yo escribo y a decir luego todo lo contrario en un artículo». Pero todavía da por supuestas su amistad mutua y la capacidad del contrincante:

«A pesar de lo que me lastiman sus inconveniencias, quiero decir al público —en el pensarlo no hay más que justicia, pero en el decirlo hay además cariño— que tengo al señor Araquistain por una cabeza sólida, un corazón de oro, un entendimiento discursivo claro y una de las fuerzas posibles de España.»

Por tanto, centra su «combate sin piedad» en el culto a la propia personalidad. Lejos de afirmarla, Araquistain conseguirá que los que antes le acusaron de «seguirle las huellas» ahora le reprochen «roerle los zancajos»⁸¹.

En su réplica, Araquistain, aunque no «quisiera lastimarle» y reconoce «la

⁷⁶ «Autonomía y libertad», *Heraldo*, 17-II-1914.

⁷⁷ «Los obreros y el imperio. Mac Donald y Hildebrand», *Heraldo*, 21-II-1914; «Imperialismo obrero», *La Prensa* de Buenos Aires, 23-III-1914.

⁷⁸ «Imperialismo fantástico. Epílogo de una deportación», *El Liberal*, 28-III-1914.

⁷⁹ *Heraldo*, 10 y 13-IV-1914.

⁸⁰ *El Liberal*, 1-V-1914.

⁸¹ *Nuevo Mundo*, 16-IV-1914.

laboriosidad del articulista de N. M. y su relativa obra de cultura», revisa negativamente la personalidad de Maeztu, que no ha sido gran poeta, novelista o dramaturgo, ni pensador o político, ni siquiera gran periodista, porque «veinte años de escribir sin limitación crítica y muchos de vida solitaria pueden despertar en la cabeza más serena la creencia en la propia infalibilidad». Más duras todavía son las críticas al fracasado magisterio de Maeztu, que indican una clara atracción inicial:

«Que más hubiéramos querido muchos venidos tras él que su personalidad se hubiera destacado robusta, dominante, en el firmamento español... Soy un desilusionado que se aleja cada vez más del que nada ha querido o podido hacer para imponernos su personalidad.»⁸²

Disuelta la amistad, Maeztu airca sus verdaderos sentimientos de regeneracionismo imperialista de poder, respondiendo a las insinuaciones de «dar argumentos a los conservadores»:

«Pero habíamos tenido grandes ideas imperiales; América, la unidad ibérica, África. ¿Qué hemos hecho de ellos?. No hemos dado a los vientos de España los ideales culturales y técnicos para renegar de nuestros viejos ideales históricos, sino para cumplirlos.»⁸³

La última escaramuza de la polémica tuvo lugar unos meses más tarde, comenzada la guerra europea. Maeztu, arrastrado por su militarismo, se excedió en elogios al nuevo ejército zarista, montando una pequeña epopeya sobre un desembarco de tropas rusas por la marina británica en el frente occidental, información que Araquistain pudo desmentir a placer⁸⁴. El vitoriano se tomó la revancha cuando Araquistain, en una entrevista a H. G. Wells, contemplando la difícil alternativa española de gastarse el escaso dinero en armas o en escuelas, apuntó la posibilidad de encargar la defensa nacional a otro país⁸⁵. Desde Roma, Maeztu argumentó rápidamente contra «esta nueva aberración del señor Araquistain», que no proviene de «aberración moral», sino de la aplicación de «un criterio puramente económico»⁸⁶. La respuesta de su con-

⁸² «Personalidad y apersonalidad», art. cit.

⁸³ *Nuevo Mundo*, 21-V-1914.

⁸⁴ «Un golpe de teatro. Los rusos en Francia», *Heraldo*, 16-IX-1914. Araquistain, «Crónica de la guerra», *El Liberal*, 28-IX-1914: «Ha sido un rumor estupendo (el cual todavía tiene creyentes), y, como ha dicho un periódico, puede servir para comprender la psicología de los mitos y puede iluminar puntos oscuros en la historia de las religiones».

⁸⁵ «Entrevistas sobre la guerra», *El Liberal*, 9-X-1914: «La situación de España —le informo— es angustiosa. Lo que necesitamos para enseñanza lo gastamos en armamento. Hasta ahora, los de la izquierda los combatíamos, en la creencia de que Europa había llegado a un grado de desenvolvimiento moral incompatible con una agresión a las naciones europeas más débiles. Esta guerra nos ha demostrado que hay que revisar nuestras viejas concepciones...».

⁸⁶ «Los pacifistas y la guerra», *Nuevo Mundo*, 7-XI-1914.

trincante, «Los guerreristas y la guerra»⁸⁷, pone fin a este enfrentamiento que habría de alejar a Maeztu, no sólo de Araquistain, sino de la opinión liberal española.

EL OCASO DE LA BURGUESÍA

La ruptura entre ambos no significa aún la enemistad. Anglófilos, los dos firman el manifiesto de adhesión a los aliados⁸⁸. Además de la contienda, acerca a ambos el socialismo gremial inglés, apreciado por Araquistain y en el que Maeztu interviene como teórico aportando el concepto de función. Claro que uno y otro conectan con dos corrientes distintas dentro del movimiento: la cristiana, liderada por Reckett y Penty, en el caso de Maeztu, y Araquistain, en cambio, con la fabiana del matrimonio Cole y W. Mellor, a la que se hace una breve referencia en *España* como introducción al artículo de D. H. Cole, «Un gremio de construcciones en la Gran Bretaña»⁸⁹.

Por otra parte, Araquistain sigue aferrado a ideas regeneracionistas, muchas de ellas recibidas a través de Ortega y Maeztu, como es notorio en *España en el crisol*⁹⁰. Lamenta allí el «mezquino desvío de los intelectuales» como un «infortunio para el socialismo español», y los asigna una postura distante y una función de liderazgo, al tiempo que califica de «una aristocracia» a los obreros más inteligentes. Considera que la raíz de nuestros males hay que buscarla «fuera del mundo puramente económico», y la insistencia en la «reforma del carácter» de los españoles a través de la pedagogía y la moral, con el inevitable recuerdo de Giner, está jalonada de ecos orteguianos, que afloran, a veces, en una terminología característica —«atonía», «emoción»—, sin que falte el contrapunto unamuniano en la repulsa de «fríos pedagogos, repetidores de la ciencia ajena», que exige «una pedagogía española»⁹¹.

No es extraño que, acusando estos viejos magisterios, tribute uno de sus últimos reconocimientos a Unamuno, Ortega y Maeztu en *Las columnas de Hércules*, donde se enjuicia a «la generación del 98»: «Ya el esfuerzo de liberarse de toda la escoria recibida en inmediata herencia, presupone un tipo de perso-

⁸⁷ *Nuevo Mundo*, 28-XI-1914.

⁸⁸ *España*, 9-VII-1915. La revista, dirigida por Araquistain, publicará la recensión de S. de Madariaga a *Authority, Liberty and Function* (28-XII-1916), y el poema de Bastera «Los cafés» (9-VIII-1917), dedicado a Maeztu. Le da la bienvenida a su vuelta al país (10-VII-1919), y, tras insertar un artículo suyo sobre el desarrollo de Bilbao, «Dinero y espíritu» (11-IX-1919), y un «Brindis» (14-II-1920) de Eugenio d'Ors, analiza pormenorizadamente *La crisis del humanismo* (28-II-1920). Por fin, Maeztu participa en la encuesta «El catolicismo y nuestro tiempo» (3-IV-1920), organizada por la revista con motivo de la Semana Santa.

⁸⁹ *España*, 21-VIII-1920.

⁹⁰ Sobre el regeneracionismo de Araquistain, véase Raúl Morodo: «Introducción al pensamiento político de Luis Araquistain», en *Boletín Informativo de Ciencia Política*, n.º 7 (agosto 1971).

⁹¹ *España en el crisol*, op. cit., pp. 52-3; 232; 234-57. «Atonía», p. 254; «Emoción», pp. 28, 29, 257.

alidad poco común». Unamuno es, sobre todo, «un gran lírico», y la de Ortega es, también, «una filosofía lírica o un lirismo filosófico». Pero las contradicciones que observa en ellos anuncian un Araquistain convencido de «la crisis del tránsito de la burguesía», y expectante ante «una nueva forma de civilización», que declara llegada «la hora de los apologistas y constructores de un nuevo régimen»⁹².

La creencia no era exclusiva suya. Existía ya en la Inglaterra de preguerra, se afianzó con el «socialismo de guerra», y resultó confirmada por la revolución rusa. En España, el agotamiento del sistema de la Restauración, los desequilibrios de posguerra y los constantes paralelismos entre España y Rusia desde finales de siglo — Ortega y Araquistain reiterarán la semejanza en 1921⁹³— ilusionan y aterran las conciencias. Los cambios, con todo, son demasiado lentos. Es el momento del voluntarismo político.

Araquistain duda entre la revolución, mediante la mítica huelga general, y la reforma, optando finalmente por la última en años de distanciamiento de la política activa⁹⁴. Maeztu comienza la denuncia de «bandas rojas» en marzo de 1921⁹⁵. Apoya pronto a la dictadura y exalta el capitalismo americano, para terminar, desde *La Nación*, en una cerrada campaña contrarrevolucionaria que sorprende incluso a los correligionarios: «Muchas gentes sinceras se acercaban a familiares míos para extrañarse»⁹⁶. Con los preceptivos años de distancia, también Araquistain cede al voluntarismo cuando las circunstancias excitan su obsesión transformadora a partir de 1933.

Los dos reaccionan entonces contra sus mentores, Unamuno y Ortega, de los que intelectualmente han vivido, y, a su modo, todavía viven. Araquistain caracteriza a Ortega en 1934 como «pequeño burgués», en cuanto «profeta del fracaso de las masas»; al año siguiente, aunque hablando en términos generacionales —«en cuya órbita mental se mueve también Ortega y Gasset»—, vuelve sobre él y sobre Unamuno, que representan «el egotismo a ultranza, africanamente individualista, antisocial, en unos, y decadente europeo-aristocrático en otros... No conocen la generosidad y el altruismo. Sólo se preocupan de su vida». El más vapuleado es Unamuno: su corazón y su cerebro «están cerrados a las angustias inmediatas y no metafísicas, a los dolores concretos y no especulativos, a las injusticias sociales y no trascendentes que sufre la inmensa mayoría de la humanidad». Dos de las críticas, la de ponerse «al servicio de los poderes históricos que simbolizan la anarquía organizada y coactiva», y la de no haber aprendido «que el secreto más gustoso de la vida es enajenarla, diluirla o verterla en la de los demás, como hacen el héroe y el santo», son ense-

⁹² *Op. cit.*, pp. 119-127-128-129.

⁹³ Ortega: *España invertebrada*, edición *Revista de Occidente*. Madrid, 1963, p. 125. Araquistain: *Las columnas de Hércules*, *op. cit.*, p. 129.

⁹⁴ «La revolución blanca» y «Revolución y reforma», en *El Liberal*. 21 y 26-VI-1917.

⁹⁵ *El Sol*, 10 y 26-III-1921.

⁹⁶ «El intento revolucionario», en *Las Provincias*. Valencia, 12-I-1933, publicado en *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*. Editora Nacional, Madrid, 1959, p. 105.

nanzas directas de sus maestros. Concluye Araquistain que «con la quiebra del liberalismo... ya no tienen tampoco razón de ser los hombres (turiferarios intelectuales) cuya ideología expresaba ese ciclo histórico»⁹⁷.

Maeztu los reprocha no ser «fanáticos de la verdad». Su versión denota un profundo despecho para con los antiguos ídolos que, desde la guerra europea, habían estado más cerca del socialismo moderado de Araquistain:

«Son "pequeños burgueses" estos Unamunos y Ortegas. Han dado paso a los socialistas. ¿Qué van a hacer éstos con ellos sino desprestigiarlos y enterrarlos?.. A los señores Unamuno y Ortega y Gasset no les parecía que hubiera peligro en cambiar de la noche a la mañana las jerarquías gobernantes de su patria. No se daban cuenta de que uno y otro son "pequeños burgueses", y, como tales, siervos del error.»

De ahí que, a través de Menéndez Pelayo, les sugiera que él, es decir, el orden, y no la revolución sí valoraría sus ideas:

«Fue Menéndez Pelayo uno de los primeros hombres que saludó la aparición de Miguel de Unamuno, cuando éste apenas empezaba a escribir, y lo mismo hubiera hecho con don José Ortega y Gasset de haber vivido algunos años más.»⁹⁸

Estos ataques encontrados demuestran que Unamuno y Ortega mantenían sus posiciones liberales de siempre, convencidos, como los institucionistas y no pocos socialistas, de que la transformación de la sociedad española se haría, cuando menos a medio plazo, y mediante medidas progresivas.

Dominados por voluntarismos revolucionarios y contrarrevolucionarios, los dos corresponsales se entregarán ciegamente a su antiguo e íntimo deseo de «influir en la vida pública». Muy pronto se verán envueltos en el huracán que sus radicalismos han atizado y del que terminarán siendo víctimas.

Araquistain será tildado de «elegante caballero» —parece que no se atrevieron a llamarle «burgués» a secas— por los trabajadores de *Claridad*, constituidos en consejo obrero que se adueña de la publicación desplazando a los largocaballeristas⁹⁹. La monomanía contrarrevolucionaria de Maeztu no «seducía» como tema de conversación a sus amigos de la derecha, quienes no le

⁹⁷ «José Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas», I y II, en *Leviatán*, n.º 8 y 9 (diciembre 1934-enero 1935). Prólogo a *Filosofía española (Tres ensayos)*, de J. Izquierdo Ortega, Argos, Madrid, 1935. Unamuno había definido el régimen español como «plutocracia anarquista» en la sociedad El Sitio de Bilbao el 5 de septiembre de 1908, *O. C.*, Escelicer, t. 9, p. 239. Y Ortega, el 15 de octubre de 1909 en el Ateneo: «No vivimos en Estado legal moderno» porque los «poderosos han vivido el anarquismo», *O. C.*, *Revista de Occidente*, t. 10, p. 113. Sobre la santidad laica puede verse el discurso citado de Unamuno, y «Pablo Iglesias», de Ortega, *O. C.*, t. 10, pp. 139-42.

⁹⁸ «La verdad verdadera», en *La Epoca*, 20-IV-1936 (con el seudónimo de «Cualquiera»).

⁹⁹ *Claridad*, 10-XI-1937. Véase Marta Bizcarrondo, *Araquistain y la crisis socialista en la II República*, *Leviatán (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975, pp. 419-21.

avisan o no insisten demasiado cuando salen en coche para Burgos el día 17 de julio. A los pocos días es detenido por unos milicianos que le toman por un cura disfrazado de paisano ¹⁰⁰.

Maeztu y Araquistain, dos de los mejores publicistas políticos españoles de la primera mitad del siglo, impulsados por análogas vivencias personales básicas —militarismo, desigualdades económicas y sociales—, en alas de un agitado periodismo polémico, testigo de rápidos cambios en la sociedad europea, espoleados también por una atormentada e incontentada angustia transformadora, hija de la derrota, terminan por sumarse, sobrepasando a sus maestros, a estrategias expeditivas y violentas que, más allá de su sincera voluntad política, dieron al traste con la apreciable labor modernizadora a la que habían contribuido, durante largos años, con su quehacer periodístico.

¹⁰⁰ SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 123. VEGAS LATAPIÉ, E.: *Memorias políticas*, *op. cit.*, pp. 318-19.